



Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades

ISSN: 0188-9834

noesis@uacj.mx

Instituto de Ciencias Sociales y Administración
México

Salazar Mendoza, Margarita
Un mal antiguo, una larga historia
Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, vol. 19, núm. 38, 2010, pp. 109-130
Instituto de Ciencias Sociales y Administración
Ciudad Juárez, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85920311006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Un mal antiguo, una larga historia

An ancient evil, a long history

Margarita Salazar Mendoza¹

- 1 Adscripción: Profesora Investigadora de tiempo completo de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Departamento de Humanidades, Programa de Licenciatura en Literatura Hispanomexicana

Profesión: Literata

Áreas de interés: Literatura y escritura, Teoría literaria y Literatura de Ciudad Juárez.

Correo de contacto: marga_salazar@hotmail.com

Dirección electrónica: masalaza@uacj.mx / marga_salazar@hotmail.com

Fecha de recepción: 31 de enero de 2011

Fecha de aceptación: 03 de junio de 2011

Nos autocalificamos como una especie superior a los animales y, por supuesto, a las plantas. Y para ello argumentamos el hecho de poseer razón. Como todos sabemos, nuestro cerebro está más desarrollado que el de ellos, pero no podemos negar algo que tenemos en común con animales y plantas; la vida. Dentro de los estudios que los mismos hombres hacen de sí y de la naturaleza, igualan a los seres humanos con los animales, en cuanto a ciertos rasgos. Por ejemplo, hablan de la formación de grupos; pero además, dicen que dentro del comportamiento innato de los animales, hay un instinto agresivo que tiene un carácter de supervivencia.

Como quiera que sea, es decir, que seamos parte de un gran conjunto en el que se incluyan humanos y animales, o bien, que seamos dos grupos distintos, uno superior a otro, sí podemos ver algunas características comunes entre ambos: satisfacer sus necesidades de alimentación, el apareamiento, relaciones con los descendientes, la convivencia en grupos y el deseo de protegerse contra la muerte. Además de esos puntos en común, también nos une esa agresividad que en los animales tiene el carácter de instinto y en nosotros se ha explicado con variadas posturas.

La historia del hombre tiene una larga lista de actos brutales cometidos contra otros seres humanos y contra la naturaleza en general. Los registros escritos de esa violencia abarcan a la literatura. La de Ciudad Juárez también muestra hechos bárbaros acaecidos en nuestro tiempo. Cabría preguntarnos, ¿cuál es la razón?, ¿de qué nos sirve leer acerca de tales conductas, en los textos literarios? En este ensayo veremos un poco de esa historia cruel del ser humano y su reflejo en algunos de los textos literarios juarenses.

Dos teorías y una misma historia

Si concentramos nuestro interés en el comportamiento de las personas, encontraremos una gran cantidad de registros en la historia de la humanidad, en la que notamos una constante: la agresividad, la lucha de unos contra otros. Una de las fuentes más antiguas está compuesta por una colección de libros, de diferentes autores, de diferentes

épocas y escritos en distintas lenguas, la *Biblia*. En ella se habla de la agresividad humana desde el mismo comienzo de la historia.

El primer acto violento narrado es el asesinato que Caín cometió contra su hermano Abel. Desde entonces la maldad entre los hombres se extendió hasta que Dios decidió frenarla mediante un diluvio, y dijo: “He decidido acabar con todo viviente, porque la tierra está llena de violencias por culpa de ellos” (Génesis, 6: 13). Sin embargo, el castigo no erradicó el mal de la tierra. Yahvé reconoció entonces que “las trazas del corazón humano son malas desde su niñez” (Génesis, 8: 21). Y, quizá, la pena fue peor porque ese mismo Dios determinó: “Quien vertiere sangre de hombre, por otro hombre será su sangre vertida” (Génesis, 9: 6). Después de esto, se abrieron numerosas perspectivas bélicas. El hombre luchó contra el hombre, sin esconder sus propósitos, pero justificando sus acciones en una promesa divina. No había posibilidad de pacto ni de convivencia; el objetivo era el exterminio y la expulsión (Éxodo, 23: 20- 32).

Conforme pasó el tiempo la violencia sanguinaria continuó siendo el pan nuestro de cada día. La guerra fue habitual entre pueblos, y no en pocas ocasiones auspiciada por la divinidad (Josué, 6: 2- 5). Si damos una ojeada al Antiguo Testamento, nos encontraremos, por ejemplo, soldados que degüellan a miles de fugitivos (Jueces, 12: 5-6). Primero se practicaba el exterminio masivo de hombres, mujeres y niños; después, en las batallas, ya no debía eliminarse a todo el pueblo sino sólo a los varones adultos y las mujeres, los niños y el ganado se tomaban como botín (Deuteronomio, 20: 10- 14). Pueblos enteros deportados, poblaciones completas de cautivos; cólera y rencor; seres humanos quemados y vendidos (Amós, 1: 6, 9, 11; 2: 1, 6). La mayoría de esos pueblos tenía por costumbre salir a campaña cada año (Libro Segundo de Samuel, 11: 1). Dichas guerras eran consideradas normales entre sociedades formadas por agricultores o ganaderos que se peleaban por el control de la tierra. Pero las guerras también se justificaban porque el bando contrario poseía una cultura corrupta y una religión ajena. Otras tuvieron un carácter vengativo (Números, 31: 1) de defensa, contra opresores (Éxodo, 14: 5- 14), por la posesión de los recursos (Génesis, 26: 16- 21), o simplemente para enseñar el arte de

la guerra (Jueces, 3: 2). Los cortos tiempos de paz no equivalían a la duración de los tiempos de violencia, en ocasiones, muy agresivos.

Aunque la guerra en el mundo bíblico es un drama humano que muchos estudiosos han querido interpretar como un combate espiritual entre Dios y las fuerzas del mal, es decir, una lucha contra el pecado y contra quienes lo propagan, finalmente es un mundo violento, aunque combata a quienes de alguna manera quebrantan un estado de equilibrio.²

Pero la violencia no se ejerce sólo entre grupos, también la encontramos de individuo a individuo y cotidianamente. Algunas escenas bíblicas nos sorprenderían sobremanera, como el caso de Jefté el Galaadita, quien por cumplir un voto con Yahvé fue capaz de inmolar a su propia hija (Jueces, 11: 30- 40). O el caso de Amnón, hijo de David; En esta terrible historia vemos cómo el abuso se planifica. Amnón, aconsejado por su amigo Janadab (sobrino de David), preparó la estrategia para violentar sexualmente a su hermana Tamar (Libro segundo de Samuel, 13: 1- 18). Otro caso es el de Dina, hija de Jacob, violada por Siquem (Génesis, 34: 2). Turbador es el ofrecimiento que hace un anciano, de su hija virgen a unos hombres; como éstos no la aceptan, él les entrega a su concubina, que fue violada hasta el amanecer y ella se echó a las puertas de la casa; cuando “su señor” salió, la cargó y en su casa, tomando un cuchillo, la desmembró (Jueces, 19: 22- 29). No sólo los hombres agreden a las mujeres, también éstas a aquéllos, como el caso de Yael que mató a Sísara (Jueces, 5: 24- 27).

En toda la obra viven padres que castigan con violencia a sus hijos, amos que matan a sus siervos y siervos que responden a las agresiones de sus amos, hombres que abusan de mujeres y viceversa. Actos de hombres incesantemente cometidos en perjuicio de otros hombres, seres humanos.

Luego se asume la ley del Talión, “vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura,

2 Solamente dos ejemplos de posibles pecados son la ira y la gula; la primera que lleva a violentar a otros y la segunda es agresiva contra el mismo individuo. Ambos rompen un equilibrio, uno es el social y el otro, el del cuerpo.

herida por herida” (Éxodo, 21, 23-25), porque se consideró mejor a la venganza indiscriminada que se practicaba en tiempos de Lamec (Génesis, 4, 23-24). Se trata de la violencia legal que intentó reducir la aberración de la violencia descontrolada.

Jesús llegó y pensamos que las cosas cambiaron radicalmente; que en vez del ojo por ojo, como él propuso, había que poner la otra mejilla. El mismo Jesús murió crucificado, después de haber sido brutalmente golpeado. Pero aquel tiempo, cuando la ley del Talión imperaba, no pasó, ni el de siete veces ni el de setenta y siete.

Parafraseando a Antonio Cruz, cuando leemos todos esos hechos violentos en la *Biblia*, en realidad estamos repasando nuestra propia historia. La humanidad actúa de esa forma; constantemente “se embriaga de locura fratricida y se torna cruel, injusta y violenta con el prójimo. El hombre de ayer como el de hoy lleva la agresividad escrita en el alma” (Cruz, 2007:32). Sin embargo, esos actos nos resultan difíciles de aceptar; por esa razón, para justificarlos los leemos bajo la luz de una creencia religiosa.

Además de este enfoque creacionista, los humanos tenemos una teoría evolucionista, muy reciente (siglo XIX), si consideramos la antigüedad de la primera. Charles Darwin, en su conocida obra, *El origen de las especies*, expone que todas las formas de vida se han desarrollado a través de un lento proceso de selección natural. Habla de machos vigorosos, de extinción y de la lucha por la sobrevivencia, entre otras cosas, todas, con un componente básico que es la violencia. Dice que “todos los animales y todas las plantas a través de todo el tiempo y de todo el espacio se relacionan unos con otros formando grupos, subordinados a grupos, tal como observamos en todas partes” (Darwin, 1992: 55).

Para explicar su teoría se vale de la imagen de un árbol, en el que las ramas verdes y florecientes representan a las especies existentes, y las que se produjeron antes equivalen a la larga sucesión de especies extintas. Dice que durante cada periodo del crecimiento de dicho árbol, todas las ramas tratan de extenderse en todas las direcciones, pero también tratan de superar y matar a las ramitas y ramas que las rodean, “de la misma manera que las especies y los grupos de especies han vencido en todo tiempo a otras especies en la gran lucha por la vida”

(Darwin, 1992: 57). De tal suerte que los miembros de las distintas especies compiten intensamente por su supervivencia. Esta idea de que los seres vivos han evolucionado mediante un proceso natural, coloca al hombre en el mismo nivel que los animales (Darwin, 1992: 58).

Darwin expone la idea de la obtención de pareja por combate directo entre los miembros del mismo sexo. Otro ejemplo de sus argumentos, es el de los dientes, los que “en la medida en que están adaptados para la alimentación, son modelados por la selección natural. En la medida en que son utilizados por los machos para intimidar a sus rivales masculinos (por ejemplo, los colmillos de un jabalí) o atraer a su pareja, son modelados mediante selección sexual” (Darwin, 1992: 61).

Si los gorilas y chimpancés tienen un antecesor común con los humanos, entonces también han tenido en común instintos de lucha por la vida. En esa lucha por la vida se fue seleccionando lo mejor de la especie y se fue sobreponiendo a la naturaleza salvaje; pero también en esa lucha sobrevivían los mejores y sucumbían los menos aptos, cualquiera que sea el sentido de mejor y menor. De esta manera se puede explicar el enfrentamiento entre seres vivos desde hace millones de años.

Cuando el hombre entra en la historia, es un ser salvaje e impotente ante la naturaleza. Sin embargo, desde el instante en que levantó una piedra y la arrojó contra su adversario, utilizó un arma, recurrió a la violencia, ya fuera para defenderse o ya fuera para imponerse.

Desde muy antiguo, los motivos de enfrentamiento entre los hombres han sido tan diversos y tan similares al mismo tiempo, que podríamos asegurar que al compararlos encontraríamos una lista bastante reducida. Y si revisamos los registros de los últimos tres o cuatro mil años de nuestra historia, notaremos la enorme cantidad de guerras y conquistas. Sigmund Freud dice que si le damos una ojeada a la historia de la humanidad, veremos “una serie interrumpida de conflictos entre una comunidad y otra u otras, entre conglomerados mayores o menores, entre ciudades, comarcas, tribus, pueblos, Estados” (Freud, 1985: 3), conflictos que casi invariablemente fueron resueltos por la confrontación de sus respectivas fuerzas bélicas.

Por su parte, Víctor Montoya, dice que “el más fuerte se impone al más débil, y que si de los textos de la historia quitásemos las guerras, se convertirían en un puñado de páginas en blanco” (Montoya, 2005: 47).

La misma historia en la literatura

Quienes vivimos en Ciudad Juárez llevamos ya algunos años viendo cómo se incrementa la violencia y las consecuencias desoladoras que ha dejado a nuestro alrededor. Aunque se han presentado algunos intentos por parte de las autoridades para disminuirla, ninguno de ellos ha tenido el éxito deseado. A veces, hasta parece que esto no tendrá fin o que el fin será la extinción de la ciudad. Y estos tiempos provocan el tratamiento de temas escabrosos, terribles.

La violencia que brota, no sólo en nuestra ciudad, sino en el país, se manifiesta en todo el mundo, antes y ahora, en mayor o menor grado; ha estado constantemente presente en la vida del hombre. Por violencia se entiende cualquier acción que condiciona, limita o doblega la voluntad de las personas, a través de la coacción emocional, física, sexual, económica o social; acciones llevadas a cabo por otras personas. O como la define Luis Rojas, es: “El uso intencionado de la fuerza física en contra de un semejante con el propósito de herir, abusar, robar, humillar, dominar, ultrajar, torturar, destruir o causar la muerte” (1995: 11). Aunque hay muchos estudios que hablan de otras formas de violencia, como es el caso de Johan Galtung, quien distingue tres formas de violencia -violencia directa, violencia cultural y violencia estructural- (1998: 15), la que él llama violencia directa o visible es suficiente para este trabajo. Hay casos en que el uso de la fuerza y los objetivos de quien la aplica son claros; otros casos no nos son tan evidentes.

La literatura se alimenta precisamente de hechos extraordinarios y tempestuosos, de sucesos poco comunes o sorprendentes. En todas las historias que en ella encontramos, se parte de una situación inicial en la que se rompe el equilibrio, generalmente por un conflicto, que luego los personajes tratan de restablecer y casi siempre, mediante un nuevo orden de las cosas. Notables ejemplos de conflictos en la literatura son

la *Medea* de Eurípides (tragedia en la que una mujer mata a sus hijos como forma de castigar al marido que ha decidido dejarla para hacer vida con otra mujer), *El castigo sin venganza* de Lope de Vega (historia en la que un padre provoca que su hijo mate a su esposa y madrastra, respectivamente) y *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri (en donde se narra la violencia como un fenómeno colectivo en una sociedad que pretende un cambio).

Los escritores de cualquier época y tiempo son fruto de su contexto, de él se alimentan, hay un diálogo entre ellos y su medio, con sus obras responden al discurso social, para a su vez, emiten un mensaje que será escuchado y respondido por el público de sus creaciones (Bajtín, 2005). Mijail Bajtín no es el único que sostiene que la fuente de donde manan los temas para las obras literarias, se encuentran en el discurso social; también Eric Bentley asegura que la materia prima con que se elaboran los productos literarios, provienen de la vida misma (2001: 19).

Si consideramos lo anterior, entonces todos somos fruto de una historia, no podríamos pedirle peras al olmo. Los escritores de Ciudad Juárez, al ser también influidos por su entorno, han tomado los temas de su propio ambiente social. Dice Aristóteles que el arte refleja la vida y la palabra que emplea para ello es mimesis.

El dramaturgo más prolífico de Ciudad Juárez, Pilo Galindo, es uno de entre los escritores juarenses que ha tomado a su contexto como el arranque de su creación. En sus obras dramáticas no es tan difícil detectar las fuentes de las que se sirvió para crear obras como *Amores que matan*, *Lomas de Poleo*, *Arizona en llamas*, *Puente Negro* y *El Diputado*. En todas ellas la violencia cometida tiene un claro referente social. En el caso de *Amores que matan* (Galindo, 2000: 73- 98), aborda un hecho escalofriante sucedido en nuestra ciudad en 1999, se trata de una mujer que mató y descuartizó a otra (Rodríguez, 2000: 1A). *Lomas de Poleo* (Galindo, 2003: 173- 280) tiene su origen en el escandaloso caso de las mujeres que en una época reciente aparecían asesinadas en nuestras calles (Castañeda, 2000: 3B). El constante tema de la migración y sus consecuencias funestas para quienes intentan

salir de este país y llegar al vecino del norte,³ es tratado por Galindo en *Arizona en llamas* (Galindo, 2005), y como él mismo lo reconoce “éste es el caso de tres jóvenes veracruzanos que, en una pequeña nota extraviada entre páginas, un diario local en Ciudad Juárez, consignó como una noticia sin ninguna relevancia” (Galindo, 2005: 41). Por lo que hace a *Puente Negro* (Galindo, 2005), Pilo tomó el caso de un agente estadounidense de migración que asesinó a un ‘pasamojados’ en el río Bravo (Cruz, 1994: 4B); asunto que con cierta regularidad aparece en las notas locales (Chaparro y Ponce, 2010: 1A). Otro tema que toma este autor, es el del secuestro, y parece que se adelanta a la negra ola nacional de los últimos dos años; a él ha dedicado su drama *El Diputado* (Galindo, 2005).

Exactamente como dice Eric Bentley, la materia prima con que se han elaborado esos textos, provienen de la vida: “De la diversidad de la vida, sin dejar de lado sus peores aspectos” (2001: 15). Como dijo Sigmund Freud en su carta dirigida a Albert Einstein en 1932:

“Aceptamos que los instintos de los hombres no pertenecen más que a dos categorías: o bien son aquellos que tienden a conservar y a unir [...], o bien son los instintos que tienden a destruir y a matar, comprendidos en los términos de instintos de agresión o de destrucción. Como usted advierte [le dice Freud a Einstein], no se trata más que de una transfiguración teórica de la antítesis entre el amor y el odio, universalmente conocida y quizá relacionada primordialmente con aquella otra, entre atracción y repulsión, que desempeña un papel tan importante en el terreno de su ciencia” (Freud, 1992).

Todos los personajes de estas obras de Galindo, se dividen en protagonistas y antagonistas y unos perecen a manos de los otros. Los más fuertes, ya fuera por su constitución física o porque poseían un objeto que les servía de arma, dominaron y destruyeron a sus opositores, más

3 Algunos ejemplos de notas periodísticas relacionadas con este tema, son las de Rodríguez, 2006; Carrasco, 2005; y Cervantes, 2006.

débiles. Sus instintos de agresión y de destrucción fueron más fuertes que sus instintos de conservación y de unión.

Otro caso en la literatura juarense es el de la narradora y poeta Arminé Arjona, quien entre sus publicaciones cuenta con un libro titulado *Delincuentes, historias del narcotráfico* (2005). Ese libro está compuesto por 17 relatos, cuyo tema se anuncia desde el título. Como Galindo, Arminé se adelanta, con los indicios que recoge del medio que la rodea, a un problema que fue en aumento, el narcotráfico. Algunos de los títulos son suficientes para mostrarnos la violencia que en esas historias permea: “Ni la Santa Muerte”, “El acecho”, “Los dolientes”, “El héroe”, “Junior”.

Éste último de sus cuentos, “Junior”, es una buena muestra del ambiente violento en el que crece un niño. Veamos un fragmento:

“Cierta día lo sorprendí ensimismado en un sombrío juego: había tomado el borrador y les estaba echando el polvo del gis –como si fuera talco– a cinco muñecos acostados en fila india en el suelo. Luego los colocó en la tapa de una caja de zapatos. Cuando vi que se levantó con su charola de monos, me escondí detrás de la puerta del salón. Con sigilo lo seguí a través del patio hasta que se acercó al cajón de arena. Escarbó un hoyo y puso a tres de sus muñecos en el fondo de una pequeña fosa. Vació una capa de arena y sobre ésta colocó el resto de sus muñecos cubriéndolos hasta el ras, disimulando luego el rastro de la fosa” (2009: 99, 100).

Ni siquiera tenemos nosotros que hacer alguna relación entre los juegos de este niño y las noticias que se escuchan, pues en el mismo cuento, la voz narrativa dice: “¿Cómo estará Junior? ¿Qué habrá sido de él? Pienso con tristeza mientras leo el encabezado del periódico: «Continúan las excavaciones en las narcofosas. Van seis cadáveres.»” (2009: 100).

Parece que la violencia es inseparable del hombre, para sobrevivir, para controlar el poder, para sublevarse contra la dominación, pero también está presente en el vandalismo, en la delincuencia organizada y durante el descontrol de las emociones. Esta trágica cuestión da

pauta para que el hombre cause daños, constante, irremediable y tristemente. Es la teoría de la agresividad innata.⁴

Hay otros ejemplos de acciones agresivas entre los personajes de las obras de otros autores, como en los cuentos de Martha Treviño, “¿Qué te puedo decir, abuela?” (2009: 204- 208), el de Enrique Cortazar, “Sucedió en un baldío” (2009: 71- 73), o el de Adriana Candia, “Ángeles y mulas” (2009: 60- 65). En el primero encontramos a una abuela que le cuenta a su nieta, por qué envenenó a su marido y abuelo, respectivamente. El siguiente narra el homicidio que comete el Pulgas en contra del Garrote. Por último, en “Ángeles y mulas”, Gerardo es asesinado por una bala destinada a Luciana. En todas esas historias y como espectadores, nos sentimos embargados de asombro ante el conflicto, tal como lo explica Bentley en su obra (2001: 16).

Una de las preguntas que se hacen los estudiosos de la literatura es sobre su función. Si dejamos fuera la polémica entre fondo y forma, y concordamos en que las grandes obras literarias dicen algo de una bella manera, entonces, también podemos coincidir con muchos de los autores, como Bentley, Aristóteles y Eduardo Galeano, en que la obra de arte escrita le habla a sus receptores. “Es imposible imaginar una literatura que no cumpla una función social” (1994: 8), pero además, agrega, “la literatura social es una redundancia porque toda literatura es social [puesto que] a partir del momento que alguien escribe y publica está realizando una función social, porque se publica para otros” (1994: 8).

Dentro del concepto aristotélico de mimesis, mencionado anteriormente, se encuentra el principio de verosimilitud, y para que una obra sea verosímil, dice Aristóteles que se imitan las acciones de los hombres. En este sentido, la literatura, y de acuerdo con el mismo autor, al imitar las acciones de personajes que caen en desgracia, propicia la catarsis, es decir, logra una implicación emocional del receptor, quien a través de la compasión y el miedo se purifica interiormente -se habla de una purificación emocional, corporal, mental y religiosa- (Aristóteles, 2006).

⁴ Para este tema se pueden consultar los siguientes autores: Ardrey (1961); Fromm (1973) y Morris (1967).

Contrariamente -pero si lo analizamos bien y despacio, nos daremos cuenta que el objetivo es el mismo, el uso de la razón para no cometer actos tan atroces-, tenemos la concepción de Bertolt Brecht, quien ha propuesto la anulación de la implicación emocional, para en su lugar acentuar la distancia entre ficción y realidad, con el único fin de lograr que los espectadores de tales pasiones violentas, realicen un juicio crítico y racional de la acción (Maestro, 2006: 47).

Sólo con razón

Con esta larga historia violenta sobre nuestros hombros, cabría preguntarse acerca de la forma de contenerla, suponiendo que, aunque sea inherente a nuestra condición de humanos, podamos hacer uso de la razón para disminuir sus manifestaciones, para dominar las pasiones que nos mueven a ella. No me cabe la menor duda que para intentar reducirla, es necesario nuestro lado racional y un poco de cordialidad. La razón, así como nos mueve a los “negocios” para hacer dinero, para inventar aparatos -que supuestamente hacen nuestra vida más cómoda-, nos llevaría a vislumbrar una forma de vida más fraternal, para vivir un poco más tranquilos, disminuir la pobreza y en vez de acumular, distribuir los recursos para que la gente, en general, tengamos menos problemas, en otras palabras, llegar a un consenso para la paz.

Si consideramos las palabras de David Hume:

“La humanidad es tan idéntica en todo tiempo y lugar, que la historia no nos informa de nada nuevo o extraño en este respecto. Su principal utilidad es sólo descubrir los principios constantes y universales de la naturaleza humana [...], suministrándonos los materiales a partir de los cuales podemos formar nuestras observaciones y familiarizarnos con las fuentes regulares de la acción y la conducta humana” (2004: 195).

Entonces, como sostiene Hume, las historias que nos son contadas en la literatura pueden ser de gran ayuda, al mostrarnos esos principios constantes y universales de la naturaleza humana, que compartimos.

Así podemos conocer cuáles son los actos violentos que con frecuencia se cometen. Con esa información, ya sea de forma catártica como lo proponía Aristóteles o realizando un juicio crítico como lo explicó Brecht, podemos inclinar la balanza para que entre la razón y la irracionalidad, tenga más peso la primera.

La razón es la facultad mediante la cual los humanos somos capaces de reconocer juicios, ideas, y cuestionarlos para hallar coherencia o contradicción entre ellos, y de esta manera hacer nuestras propias deducciones, siempre partiendo de lo que conocemos. Así, las personas, más que descubrir verdades, establecen o descartan conclusiones, con el fin de ser coherentes con sus puntos de vista.

Immanuel Kant, en la primera parte de su obra, *Crítica de la razón pura* (1997), pone al sujeto como la fuente donde se construye el conocimiento; además habla de dos facultades mentales, distintas pero mezcladas, la sensibilidad y el entendimiento. Por la primera los objetos nos son dados, mientras que por la segunda esos objetos son pensados. En la segunda parte de esa misma obra, explica este filósofo que el conocimiento mismo es la capacidad de juzgar que tiene el sujeto.

La división que él hace de la razón, en teórica y práctica, no quiere decir que sean dos razones distintas, sino que se refiere a dos usos de la razón. Cuando la usamos para conocer, estamos ante el uso teórico, y cuando la usamos para dirigir nuestra conducta, le estamos dando a la razón un uso práctico. En el primero se generan los juicios y del práctico surgen las decisiones. A través de esa facultad, se argumenta y se fundamentan los juicios y las decisiones.

Si consideramos, y de acuerdo con Kant, que la facultad de razonar está íntimamente ligada, aunque no esté en armonía, con los sentidos y, por consecuencia, con los sentimientos, así como con la acción y la adaptación al entorno, entonces debemos suponer que para un mejor funcionamiento del ser humano, ante sí mismo y ante su comunidad, lo ideal es que esa facultad sea armónica, en otras palabras, que el individuo razone cuando huele, toca, gusta, oye y ve, o cuando tiene sentimientos positivos o negativos, felicidad y dolor, amor y celos, etcétera, o en sus reacciones ante esas emociones.

El razonamiento, como sostiene Ricardo García Damborenea, “en su variante más llana, es decir, la lógica práctica o informal tal y como se emplea en la calle o en la casa” (2000: 7), es la que nos debe ser útil para comprendernos, para evitar malentendidos. En otras palabras, debemos pensar en esta vida que poseemos, platicar sobre ella y la forma en la que la vivimos, y argumentar acerca de cómo pretendemos vivir juntos, en comunidad.

Precisamente, en las obras de los escritores arriba mencionados, se pone el tema sobre la mesa para que seamos nosotros, los receptores, quienes evaluemos el asunto y emitamos un juicio acerca de él; para todo lo cual es necesaria nuestra razón. Por supuesto, desde el momento en que los autores escribieron esas historias, nos están diciendo que el tema les preocupa y nos muestran las consecuencias funestas de dichos actos.

Cuando ellos escriben, plasman en el papel circunstancias en las que fueron realizadas tales acciones iracundas. Si los leemos con atención, podremos poner en marcha nuestros sentidos, imaginándonos cómo huele, cómo se oye, cómo se ve. Al enfrentarnos a esas obras y, por consecuencia, a los asuntos ahí tratados, podemos purificarnos, liberarnos y transformar nuestro interior, nuestros pensamientos, para, a través de esa experiencia, enjuiciar dichos hechos para no repetirlos nosotros, pues al revisar la historia completa podemos ver en qué se equivocó el personaje y qué podría haber hecho distinto para no llegar al límite irreversible de dañar a otro.

Es conveniente tener en cuenta lo que dice Erich Fromm respecto a que: “La agresión, biológicamente dada en los seres humanos, no es espontánea, sino una defensa contra los peligros que amenazan a los intereses vitales del hombre, los de su crecimiento y la supervivencia de la especie” (2004: 428), y que conforme se dio la extraordinaria evolución del hombre, éste se volvió un peligro para sus semejantes. Pero también nos dice este mismo humanista, que:

“Es legítimo imaginar que el hombre [...] construirá una sociedad en que nadie esté amenazado; ni el niño por el padre, ni el padre por su superior, ni una clase social por

otra, ni ninguna nación por una superpotencia. [y que] lograr esto es enormemente difícil por razones económicas, políticas, culturales y psicológicas, más la dificultad adicional de que las naciones del mundo adoran ídolos –diferentes ídolos– y por eso no se entienden entre sí, aunque entiendan sus lenguas” (2004: 428).

Y aunque sería una locura hacer a un lado esas dificultades, debe haber por lo menos una posibilidad de labrar un mundo, en el futuro, más razonable, menos desequilibrado, menos desordenado, un poco más justo.

Si continuamos con Fromm –y en su teoría sobre la agresividad del hombre descansa una esperanza optimista– podemos adherirnos a su planteamiento de que:

"Las formas malignas de agresión [pueden] reducirse sustancialmente si se reemplazan las condiciones socioeconómicas por otras favorables al cabal desenvolvimiento de las verdaderas necesidades y facultades del hombre, al desarrollo de la actividad original humana y de la facultad creadora, objetivo propio del hombre" (2004: 428).

Pues, según él, la explotación y la manipulación producen aburrimiento en los seres humanos, lo mutilan, lo hacen ver el mundo y la vida con trivialidad. Este estado paraliza su pensamiento y disminuye sus sentimientos, lo que lo vuelve un ser sádico o destructor.

Efectivamente, podemos sostener que los rasgos de la conducta humana no se determinan sólo por herencia o sólo determinados por el medio. El desarrollo de casi todos los rasgos de la conducta humana es el resultado de la interacción entre ambos factores. De tal suerte que las causas de la conducta agresiva son múltiples. Por supuesto, ingenuo sería atribuir el origen de una conducta violenta a una sola causa. En todo caso, se va tejiendo una base suficientemente firme compuesta de una conducta repetida, que empieza por ser un tanto impulsiva, arrebatada, hasta que el tono de la acción va subiendo, y de robarse un lápiz se llega al robo de un automóvil, a una violación o, al más grave por ser irreparable, el asesinato. El desarrollo de la conducta agresiva depende,

a fin de cuentas, de la compleja relación que el individuo mantiene con su medio. A eso debemos llegar, o detenernos en ello, a reflexionar en nosotros mismos, en el medio que nos rodea y en la relación que mantenemos con ese ambiente.

Por un lado, todos los niños, en mayor o menor grado, tienen sentimientos destructivos que pueden dirigir contra sí mismos o contra los demás. Esa agresividad puede desarrollarse y alcanzar niveles peligrosos si el niño es objeto del rechazo o de la falta de afecto. Si en algún momento le hemos dado cabida a esa idea, entonces es oportuno revisar nuestras relaciones con los niños, tanto dentro de las familias como en las escuelas, para tener conciencia de cómo las estamos llevando a cabo y preguntarnos ¿tenemos responsabilidad con esas personas que cuando son adultos se convierten en individuos perversos?

Si hay violencia en una sociedad, seguramente se habla de personas agresivas, no puede por ahí navegar la violencia, en el aire o sobre las nubes o brotar de la tierra; estos actos son cometidos por seres humanos, no hay más. Esto es muy elocuente, ese ambiente conflictivo nos está diciendo que hemos enseñado a los más pequeños que ésa es la manera de conseguir lo que se propongan, y más aún habla de una cruel y egoísta competencia. Las otras personas no son seres con quienes convivimos, sino enemigos. Muchísima relación tienen, con ese competir diario, los medios de comunicación, las películas y los videojuegos, que propagan la violencia y estimulan la agresividad en los niños y jóvenes. Pero no nos engañemos, esos medios de comunicación, esas películas y esos videojuegos, son dirigidos y diseñados por personas, quienes no dejarían de ganar un peso por evitar que los otros actúen de forma casi automática al consumir lo que ellos ofrecen.

Todo eso viene a colación porque, desgraciadamente, cuando nos topamos durante la vida con cuestiones injustas (un hombre que no tiene para comer, que no tiene un techo donde dormir, que nunca sabrá de viajes o de educación), nuestra actitud deja mucho que desear. Pasamos simplemente de largo, como si nada sucediera.

No sólo los niños que sufren castigos físicos y psíquicos, como dice Robert R. Sears, demuestran mayor agresividad en la escuela y en los juegos con otros niños, también los adultos, hombres y mujeres, res-

ponden a su ambiente. En este sentido, en el siglo XVIII, Jean-Jacques Rousseau sostenía la teoría del hombre naturalmente bueno y que era corrompido por la sociedad en la que vivía. Si esa bondad o maldad es fruto del contexto en el que nos movemos, entonces tratemos de reducir esa mala influencia que ejercemos sobre los otros, sobre todo, de aquellos que apenas están aprendiendo, y no olvidemos que lo hacen por medio de la observación y de la imitación.

Inicialmente (volvemos con Freud), la mayor fuerza muscular determinaba a quién pertenecía un objeto o quién decidía sobre el grupo. Después, la fuerza muscular fue incrementada o sustituida por el uso de herramientas. Por supuesto, triunfó el que poseía mejores armas. Pero: “El objetivo final de la lucha sigue siendo el mismo: por el daño que se inflige o por la aniquilación de sus fuerzas, una de las partes contendientes ha de ser obligada a abandonar sus pretensiones o su oposición” (Freud, 1992: 3).

El meollo en esta situación es que no somos conscientes de nuestra participación en pequeños actos violentos, ya que nos ocurre como a los automovilistas. Pocos piensan en que no son tan amables o cordiales con los demás, y que traten de responsabilizarse de actos triviales como llegar a tiempo o —como en el caso de un profesor— no exasperarse cuando un alumno no entiende un tema y tener la paciencia de volver a comenzar, pero casi todos creen que a los demás no les vendría mal mejorar un poco en sus relaciones con los demás.

Durante los tiempos violentos, la gente primero se asombra, luego se indigna, después pasa al miedo y en él se escuda, para finalmente acostumbrarse a un estado de cosas. Y cuando los tiempos no son violentos pero se vive en una comunidad donde no todos viven de una manera digna: “La actitud de la mayoría no es de fe ni de desesperanza sino, por desgracia, de total indiferencia al futuro del hombre” (Fromm, 2004: 340).

Para finalizar haré mías estas palabras de Saramago:

“Es evidente que en este medio siglo los gobiernos no han hecho lo que moralmente les correspondería, pues la injusticia se multiplica, la iniquidad empeora, la ignorancia

crece, la miseria se expande. Es una sociedad esquizofrénica que tiene la capacidad de enviar instrumentos a otro planeta para estudiar la composición de sus rocas, pero permanece indiferente ante la muerte por hambre de millones de personas. Ir a Marte parece más fácil que ir al prójimo” (2010: 8).

Quizá sea tiempo de iniciar desde abajo, es decir, desde cada uno de nosotros. Empecemos ahí, justo en nuestro radio de influencia. Para quienes nos rodean, nosotros somos siempre ejemplo a seguir, ya sea para bien o para mal; porque, dice Saramago,

*no serán los gobiernos, sino la sociedad civil,
la voz vehemente de los ciudadanos, la de cada uno de nosotros,
si nos hacemos cargo de nuestras responsabilidades,
lo que puede hacer este mundo un poquito mejor.*

Conclusión

De cualquier manera que sea, discutir acerca del carácter innato o adquirido de la violencia humana, quizá todavía tome un buen tiempo antes de llegar a un punto claro. Aún en el mundo de los grandes pensadores hay divergencia. Jean Jacques Rousseau creía en la bondad del hombre, pero Thomas Hobbes, casi trescientos años antes que Freud, dijo que la humanidad posee una agresividad innata (Hobbes, 1980). Y mucho tiempo después, Konrad Lorenz (1977), Desmond Morris (1972) y Nikolaas Tinbergen (1970), al comparar la conducta de animales y humanos, descubrieron rasgos agresivos que los asemejan.

El hombre es capaz de cualquier tipo de conducta, buena, sensible, noble; pero también es agresivo, cruel, egoísta. Actualmente, la violencia parece estar en un lugar más importante que la creación, el placer, la alegría; parece que nos disgrega en un desierto de cansancio, de hartazgo y de indolencia. Sin embargo:

“A diferencia de otros seres, vivos o inanimados, los hombres podemos inventar y elegir en parte nuestra forma de vida. Podemos optar por lo que nos parece bueno, es de-

cir, conveniente para nosotros, frente a los que nos parece malo e inconveniente. Y como podemos inventar y elegir, podemos equivocarnos [...] De modo que parece prudente fijarnos bien en lo que hacemos y procurar adquirir un cierto saber vivir que nos permita acertar. A ese saber vivir, o arte de vivir si se prefiere, es a lo que llamamos ética” (Savater, 1991: 18).

Acerquémonos a las obras de los escritores juarenses; en sus textos podremos presenciar algunos de los conflictos que aquejan a nuestra comunidad; con ellos podremos concordar o diferir, pero con su labor ellos están presentando temas escabrosos, cuyos hechos, tan repetidos en nuestros días, han creado un clima inseguro a nuestro alrededor. Junto con ellos podemos empezar a reflexionar en la violencia presente en nuestra vida diaria. Tal vez logremos la catarsis o vislumbremos posibles soluciones a tan magno problema.

Aunque Freud diga que “serán inútiles los propósitos para eliminar las tendencias agresivas del hombre” (1992: 210-214), conservemos una esperanza y démonos una mano como humanos que nos consideramos, para alejarnos poco a poco de lo que conservemos de animalidad para crecer en racionalidad; creamos que una de las peculiaridades de la especie humana es su educabilidad, la capacidad de adaptación, la flexibilidad, ya que son los factores que nos permiten convivir, ayudarnos unos a otros.

Agreguemos a todo esto el pensamiento de Georg Friedrich Nicolai, quien cree posible “remodelar la convivencia humana en un factible proceso de superhumanización, reemplazando los ciegos y violentos instintos por el sereno gobierno de la razón” (1937: 247). Sólo así podremos vivir un poco más en paz, un poco mejor, pero todos, la mayor cantidad de gente posible, no únicamente unos cuantos. Cada ser humano tiene derecho a existir y a disfrutar de esta tierra, aunque sea de un pequeñísimo espacio.

Bibliografía

- “Agente de migración asesinó a ‘pasamojados’ en el río Bravo”. (10 de mayo, 1991, 1, 5). *El Heraldo de Chihuahua*. Chihuahua.
- Aritóteles. (2006). *Poética*. México: Alianza.
- Arjona, Arminé. (2009). *Delincuentes, historias del narcotráfico*. Chihuahua: Ichicult.
- Bajtín, M. M. (2005). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Bentley, Eric. (2001). *La vida del drama*. México: Paidós.
- Biblia de Jerusalén. (1998). México: Porrúa.
- Candia, Adriana. (2009). “Ángeles y mulas”. *Narrativa Juarense Contemporánea*. (Margarita Salazar Mendoza compiladora). Ciudad Juárez: UACJ – Archipiélago. (60- 65).
- Carrasco Soto, Horacio. (26 de agosto del 2005, 1A y 3A). “Pueblo vive de indocumentados”. *El Diario*. Ciudad Juárez: Publicaciones Paso del Norte.
- Castañeda, Cecilia Esther. (2000). “Morir en plenitud”. *El Diario*. Ciudad Juárez: Publicaciones Paso del Norte.
- Cervantes, Miguel. (24 de julio del 2006, 3A.). “La piel arde en el desierto y a veces ya ni se suda”. *El Diario*. Ciudad Juárez: Publicaciones Paso del Norte.
- Cortazar, Enrique. (2009). “Sucedió en un baldío”. *Narrativa Juarense Contemporánea*. (Margarita Salazar Mendoza compiladora). Ciudad Juárez: UACJ – Archipiélago. (71- 73).
- Cruz, Antonio. (2007). “No existe la guerra santa en la Biblia”. *Revista Página Abierta*. Barcelona: Editorial Clie, No. 183.
- Cruz, Genaro. (Julio de 1994, 1A.). “Las márgenes del río Bravo amenazan con desbordarse”. *Norte*. Ciudad Juárez: Omega Comunicaciones.
- Chaparro, R., y A. Ponce. (8 de junio del 2010, 1A.). “Acusan a migra de matar a menor juarense en Puente Negro”. *El Diario*. Ciudad Juárez: Publicaciones Paso del Norte.
- Darwin, Charles. (1992). *El origen de las especies*. Madrid: Planeta-Agostini.
- “Demandan plan nacional urgente contra el narco”. (24 de julio de 2006, p. 1A.). *Norte*. Ciudad Juárez: Omega Comunicaciones.
- Freud, Sigmund. (1992). *Cartas de juventud*. Barcelona: Gedisa.

- Freud, Sigmund. (1985). "Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte". *Obras Completas, Tomo VI*. Madrid: Ed. Alianza.
- Fromm, Erich. (2004). *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo XXI.
- Galeano, Eduardo. (19 de noviembre de 1994). "La función social, el arte de un escritor... y las palabras mejores que el silencio". *El Mundo*. Perú.
- Galindo Noriega, Edeberto. (2005). *Puente Negro*. Ciudad Juárez: Fondo Municipal Editorial Revolvente.
- Galindo Noriega, Edeberto. (octubre-diciembre 2000). "Amores que matan". *Tramoya*. Xalapa: Universidad Veracruzana (73-98).
- Galindo Noriega, Edeberto. (2005). *Arizona en llamas*. Ciudad Juárez: Fondo Municipal Editorial Revolvente.
- Galindo Noriega, Edeberto. (2005). *El Diputado*. Monterrey: UANL.
- Galindo Noriega, Edeberto. (2003). "Lomas de Poleo". *Dramaturgia del Norte*. México: Consejo Regional para la Cultura y las Artes del Noreste. (173-280).
- Galtung, Johan. (1998). *Tras la violencia 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Bilbao: Bakeaz Gernika Gogoratuz.
- García Damborenea, Ricard. (2000). *Uso de razón*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Hobbes, Thomas. (1980). *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hume, David. (2004). *Investigación sobre el entendimiento humano*. Madrid: Istmo.
- Kant, Immanuel. (1997). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara-Santillana.
- Lorenz, Konrad. (1972). *El zoo humano*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Lorenz, Konrad. (1977). *Sobre la agresión, el pretendido mal*. México: Siglo XXI.
- Maestro, Jesús G. (2006). *El concepto de ficción en la literatura*. Pontevedra: Mirabel Editorial.
- Montoya, Víctor. (2005). "Teorías de la violencia humana". *Sincronía*. Invierno.
- Morris, Desmond. (2003). *El mono desnudo*. Barcelona: De Bolsillo.

- Morris, Desmond. (1972). *El zoo humano*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Nicolai, George Friedrich. (1937). *The Biology of War*. Nueva York: Century.
- Rodríguez Nieto, Sandra. (6 de abril del 2006, 1A). “Muere un migrante diario”. *El Diario*. Ciudad Juárez: Publicaciones Paso del Norte.
- Rodríguez, Armando. (6 de enero del 2000, 1A). “Arrestan a descuartizada”. *El Diario*. Ciudad Juárez: Publicaciones Paso del Norte.
- Rojas Marcos, Luis. (1995). *Las semillas de la violencia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Saramago, José. (19 de junio de 2010, 8). “Conferencia de recepción del Premio Nobel de Literatura”. *La Jornada*.
- Sears, Robert R., “Experimental analysis of psychoanalytic phenomena”. En J. McV Hunt (Ed.), *Personality and the behavior disorders*. Nueva York: Ronald Press, 1944.
- Fernando Savater. (1991). *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel.
- Tinbergen, Nikolaas. (1970). *Acerca de la guerra y la paz en los animales y el hombre*. México: Siglo XXI.
- Treviño, Martha. (2009). “¿Qué te puedo decir, abuela?”. *Narrativa Juarense Contemporánea*. (Margarita Salazar Mendoza compiladora). Ciudad Juárez: UACJ – Archipiélago. (204-208).